

Caldas: la paz que nos une

COLECCIÓN 2026



CALDAS: LA PAZ QUE NOS UNE



—ANTOLOGÍA DE CUENTO—

Edición 2026

©Tercer Concurso Intercolegiado de Cuento:
“Caldas: la paz que nos une” 2026

Proyecto apoyado por el Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes
Programa Nacional de Concertación Cultural 2026

ISBN: 978-628-96435-4-1
ISBN DIGITAL: 978-628-96435-5-8

Todos los derechos reservados.
© Fundación Cultural Cazarelatos.

Esta obra es resultado del Tercer Concurso Intercolegiado de Cuento: *“Caldas: la paz que nos une” 2026* Proyecto No C3406-2026 apoyado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

Este libro se publica con fines académicos, artísticos y sociales. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de la Fundación Cultural Cazarelatos y de los autores seleccionados.

Entidad Organizadora
Fundación Cultural Cazarelatos
Manizales – Caldas

Mayor información

www.fundacionculturalcazarelatos.com

Dirección General

Laura Viviana Jaramillo Pedroza

Jhoan Sebastian Parra Franco

Diseño de portada y contraportada

Literatura en Acción

Intervención Editorial

Literatura en Acción

Agradecimientos Especiales

Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

Secretaría de Cultura del Departamento de Caldas

Red de Bibliotecas Públicas de Caldas

Secretaría de Educación del Departamento de Caldas

Instituciones Educativas del Departamento de Caldas

Docentes y directivos docentes del Departamento de Caldas

Estudiantes del Departamento de Caldas

Canal Telecafé

Periódico La Patria

Caldas FM 96.3

Educadores Unidos de Caldas (EDUCAL)

Diseño e Impresión

Fusión Comunicación Gráficas S.A.S.

Manizales



— Antología de Cuento —

*La edición y publicación de la presente
antología ha sido gracias al apoyo del
Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
– Programa Nacional de Concertación Cultural
2026.*

*Expresamos nuestro más sincero agradecimiento
al Ministerio, que se ha consolidado como un
verdadero ministerio para la paz. Gracias por
otorgar a la **Fundación Cultural Cazarelatos**
la valiosa oportunidad de liderar este proyecto
literario en favor de la armonía y convivencia de
nuestro territorio.*

CONTENIDO

Prólogo

<i>La paz también se aprende narrando</i>	10
Jhoan Sebastian Parra Franco	

Reflexiones introductorias

<i>La paz en el campo</i>	13
Emiliano García Gómez	

<i>Marmato terruño dorado</i>	15
Kátheryn Samuel Bolaños	

<i>El reino de cristal y plumas</i>	16
Isabela Muñoz Grisales	

Cuentos Ganadores

<i>El niño que encontraba otras formas para hablar</i>	19
Juan David Agudelo Bañol	

<i>La paz que nos une</i>	21
Sara Lucía Aristizabal Ospina	

<i>La paz retoña donde una vez hubo guerra</i>	23
Jesús Damián Guevara Correa	



<i>Cuando el silencio pesa</i> Sara Sofía Carrión Suárez	25
--	----

Mención de honor

<i>El silencio de Zuri</i> Samir Francisco Aguiar Espíndola	28
---	----

<i>Nos arrancaron la familia, no la memoria</i> Mariana Ramírez Torres	30
--	----

<i>El secreto de los gigantes dormidos</i> Maria Camila Prado Ramírez	32
---	----

<i>Vestida de blanco para el adiós</i> Valeria Sofía Romero Álvarez	34
---	----

Finalistas

<i>La convivencia en la Dinoescuela</i> Thiago Herrera Orozco	37
---	----

<i>La paz empieza en mi casa</i> Alan Yoxtin Osorio Buitrago	39
--	----

<i>La senda de la abuela</i> Angela Julieth Rodríguez Quiceno	41
---	----

<i>Surgir de La Italia</i> Daniela Buitrago Quiceno	43
---	----



<i>El fútbol, mi salvación</i> Luis Felipe Muñoz Arango	45
<i>La paz que nos une en La Tolda</i> Yeison Antonio Vargas Alcalde	48
<i>El cortometraje de la memoria</i> Keiner Santiago Ríos Cardona	50
<i>El idioma de las luciérnagas</i> Maria Fernanda Marín Cardona	53
<i>La memoria</i> Celeste Usma Ramírez	55
<i>Justicia</i> Salomé Cárdenas Echeverry	57
<i>La guerrilla en el campo</i> Estefany Serna Garzón	59
<i>El último truco bajo la lluvia fría</i> Yenson Arley Aguirre Henao	62
<i>Un recuerdo</i> Maria José Vivas García	64
<i>Una paloma herida junto al río</i> Juan José Samuel Flórez	67
<i>La libreta</i> Jeimi Alexandra Marín Márquez	69



<i>El profesor Eduardo: el último planeta perdido</i> Juan Felipe Toro Cardona	72
<i>Paz en los Andes</i> Emanuel David Ocampo Restrepo	74
<i>La palabra vale más que una bala</i> David Restrepo Ríos	77
<i>El sol torcido</i> Edwin Ríos Loaiza	79
<i>Las cuchas tienen razón</i> Jhoan Sebastian Parra Franco	81
Epílogo	86



PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

La paz también se aprende narrando

Tres años después de haber iniciado este recorrido, comprendemos que un concurso de cuento puede convertirse en algo mucho más profundo que una convocatoria para escribir historias. Lo que comenzó como una invitación dirigida a los estudiantes de Caldas ha terminado por consolidarse como un espacio de encuentro donde la literatura, la escuela y el territorio dialogan para construir nuevas formas de comprender la paz.

Cada edición ha dejado una enseñanza distinta. La primera nos recordó que la palabra podía abrir caminos de reconciliación. La segunda nos mostró que cuidar la naturaleza también es una manera de construir paz. Esta tercera edición nos permite descubrir algo aún más significativo: cuando un niño, una niña o un joven escribe, no solo expresa lo que piensa o imagina; también participa en la construcción simbólica del futuro de su comunidad.

Los relatos reunidos en este libro nacen de experiencias muy diversas. Algunos dialogan con las memorias familiares; otros observan las transformaciones del territorio, cuestionan la violencia, imaginan comunidades reconciliadas o defienden la vida desde el cuidado de la naturaleza. Sin embargo, todos comparten un mismo rasgo: entienden que la paz no es un punto de llegada,



sino una práctica cotidiana que comienza en la forma como aprendemos a mirar al otro y a narrar el mundo.

En un país como Colombia, donde la memoria ocupa un lugar fundamental para comprender nuestra historia, recordar resulta indispensable. Pero recordar no significa permanecer atrapados en el pasado. La memoria alcanza su mayor sentido cuando nos permite orientar nuestras decisiones presentes e imaginar horizontes distintos para quienes vendrán después. Por eso, las historias que integran esta antología no solo evocan acontecimientos o emociones; también proyectan posibilidades. Cada cuento es una invitación a pensar cómo podrían ser nuestras relaciones, nuestros territorios y nuestras comunidades si el diálogo, el respeto y la solidaridad ocuparan el lugar que durante tanto tiempo tuvo la violencia.

Jhoan Sebastian Parra Franco
Fundador
Fundación Cultural Cazarelatos



Reflexiones introductorias





Emiliano García Gómez
Grado 5º - Pácora
Institución Educativa Las Coles

La paz en el campo

Vivo feliz en una estancia ubicada en mi hermoso pueblo: Salamina. Es muy tranquila, pero me cuentan mis papás que hace años, desafortunadamente, hubo violencia y un grupo llamado *guerrilla* que destruyó el puente que conecta Salamina y Pácora. Esto generó gran preocupación y tristeza en los habitantes. Fueron épocas donde el peligro y el miedo reinaron en estas tierras y donde no se podía vivir en tranquilidad; se escuchaban disparos y hasta bombas. ¡Todo era intranquilidad!

Ahora es diferente. Ya no están estos grupos por mi vereda, pero sí sabemos que en otros lugares de nuestro país existen. Esto hace que como niño me sienta triste, pero sueño, al igual que mi familia, que todos podamos experimentar paz, tal como nosotros ahora, donde la naturaleza vive tranquila y las personas han aprendido a sanar los efectos de la violencia.

Los niños podemos estudiar sin temor en este hermoso departamento. Nuestro campo es hermoso y lleno de naturaleza; puedo disfrutar del agua cristalina y de la pesca porque cerca de mi hogar





hay un bonito río; vivimos entre montañas verdes, con cultivos de caña, café y plátano.

Nuestra vida es feliz y hoy más que nunca decimos que rechazamos la violencia y los grupos armados e ilegales. Nos gusta creer que la violencia en Caldas es solo un recuerdo, que, aunque continuará en la memoria de la comunidad, la esperanza y los sueños de sus habitantes son más fuertes. ¡Somos un Caldas que por fin vive en paz!





Kátheryn Sámul Bolaños
8° - Marmato
Institución Educativa El Llano

Marmato terruño dorado

Durante más de 450 años Marmato ha sido un pueblo trabajador, explotado y muy amado por sus habitantes que luchan día a día por mantener la armonía en cada rincón de nuestro bello municipio. En este terruño dorado hay vidas e historias que nunca pasarán al olvido, pues sus innumerables luchas por libertad y por lograr paz y tranquilidad no pasan en vano.

En los años pasados nuestros abuelos tomaron decisiones que a muchas personas les costaron la vida. Enfrentamientos entre liberales y conservadores: cada grupo defendía sus ideales y llevaba a sus familias a vivir preocupadas y en peligro constante; los gritos de desesperación de los más pequeños eran fruto de la violencia política...

Pasados los siglos, la violencia aún continúa de forma más disimulada, pero presente. Somos la nueva generación que lucha por sus derechos, que se esfuerza por un Marmato mejor y, aunque tengamos que esforzarnos, no dejaremos que lo oscuro del pasado lleve a nuestro terruño al olvido.

¡Viva mi Marmato, pesebre de oro de Colombia!





Isabela Muñoz Grisales

8° - Samaná

Institución Educativa Dulce Nombre

El Reino de cristal y plumas

Mucha gente cree que para ver el mundo fantástico hay que ir al cine, pero aquí en *Samaná* solo hay que subir a la *Selva de Florencia*. El otro día me fui con un guía local, de esos que conocen cada piedra del camino. Él me enseñó que, en este *Parque Nacional Natural*, si parpadeas, te pierdes de algo increíble.

Lo primero que escuchamos fue el escándalo de un *mono araña*. Estaba saltando allá arriba, en las copas de los cedros, moviéndose con una agilidad que ya quisiera yo tener para la clase de educación física. Pero no estaba solo. De repente, un *torito capiblanco* se posó cerca, con su plumaje rojo encendido resaltando entre tanto verde. Parecía un pequeño guardián vigilando nuestros pasos.

—Camine con cuidado —me dijo el guía—. Bajo sus pies están los verdaderos dueños del parque.

Se refería a las ranas de cristal. Me costó ver la primera, pero cuando la encontré, me quedé fría. Es una cosita transparente que parece hecha de agua congelada. Se le ve el corazón latiendo como



un relojito rápido. Mientras la observaba, un colibrí pasó zumbando cerca de mis oídos, buscando flores de colores. Es increíble pensar que en este pedazo de *Caldas* viven animales que no existen en ninguna otra parte del mundo.

Bajando, cansados y con los ojos llenos de selva, nos cruzamos con un campesino que subía con su mula. Nos dio las *buenas tardes* con esa calma que da el campo. Me di cuenta de que la *Selva de Florencia* no es solo un mapa o un montón de árboles para un examen de sociales; es una casa gigante donde los animales, el agua y nosotros convivimos.

Regresé a casa pensando que, aunque soy joven, ya tengo una responsabilidad: contarle a todo el mundo que en nuestras montañas se esconde un tesoro de cristal y plumas que no podemos dejar perder.



Ganadores





Juan David Agudelo Bañol
Grado 2º - Riosucio
I. E. María Fabiola Largo Cano

El niño que encontraba otras formas para hablar

En una pequeña escuela había un niño llamado Pablo. Tenía una discapacidad que le impedía hablar con claridad. Algunas palabras se le entendían y en cambio otras no. Por eso, muchas veces prefería quedarse en silencio.

A Pablo le gustaba dibujar y observar a los demás jugar. Aunque quería participar, sentía miedo de que no lo comprendieran. Algunos compañeros se impacientaban cuando él intentaba decir algo, pero otros empezaron a notar que siempre tenía buenas ideas.

Un día, la profesora organizó una actividad en grupo para crear una historia. Pablo quiso aportar, pero le tomó mucho tiempo explicar su idea. Entonces sacó una hoja y comenzó a dibujar. Dibujó personajes, lugares y escenas. Sus compañeros entendieron rápidamente lo que quería decir.

—¡Qué buena idea! —dijo una compañera llamada Flor—. Podemos hacer la historia usando dibujos.





Pablo sonrió. Poco a poco empezó a sentirse más seguro. Sus compañeros aprendieron a escucharlo con paciencia y a darle el tiempo que necesitaba para expresarse. También descubrieron que Pablo podía comunicarse de muchas maneras: con dibujos, gestos, palabras y sonrisas.

Con el paso de las semanas, Pablo participó más en clase. Ya no sentía que debía hablar igual que todos para que sus ideas valieran. La profesora Diana les recordó algo importante: cada persona tiene formas diferentes de comunicarse y todos merecen respeto. Desde entonces, en el salón todos esperaban, escuchaban y ayudaban cuando alguien necesitaba más tiempo para expresarse. Pablo descubrió que su voz también podía llegar a los demás y sus compañeros descubrieron que entender a alguien comienza por querer escuchar.





Sara Lucía Aristizabal Ospina
Grado 5º - Pensilvania
Institución Educativa Pensilvania

La paz que nos une

Me contaba mi abuela que, hace algunos años, la paz se había vuelto esquiva, o mejor dicho, se había ido, porque a veces se escuchaban unos sonidos que retumbaban en la tarde y se iban perdiendo por detrás de las montañas de mi pueblo y de los pueblos vecinos. Traían personas supuestamente malas, las traían sin vida, pero estos seres también tenían quien los quisiera y los llorara. Y yo que pensaba que la ausencia de paz estaba muy lejos, en otros países, en la televisión, en las noticias...

Mi abuela me explicó que la paz es cuando hay armonía, cuando no hay enfrentamientos ni conflictos; es cuando se solucionan las diferencias sin violencias de ninguna clase, ni golpes, ni malas palabras...

Yo entendí entonces que a veces sufrimos, nos preocupamos mucho, o nos disgustamos y puede ser que perdamos la paz, sin querer. Entendí que la paz es cuando puedo dormir tranquila, cuando soluciono mis enojos con mi madre y mis amigos. Descubrí que la paz es cuando abrazo sin miedo, cuando mi casa es segura y puedo jugar con mi





hermano en el parque sabiendo que todos nos cuidan y están pendientes de nosotros.

La paz es ese calorcito que siento cuando saludo a mis compañeros en la escuela, cuando comparto cosas importantes y cuando mi madre tiene sonrisas en lugar de lágrimas.

Entendí que la paz es caminar sin miedo, sin pensar que algo malo pueda pasarnos, que todos somos iguales, que merecemos buen trato, buena educación, la esperanza de un buen futuro y de un buen presente.

Hoy aprendí que los abrazos de mis abuelos, de mi madre y de mi hermano, se parecen mucho a la felicidad y que la felicidad debe ser la paz que nos une.





Jesús Damián Guevara Correa

7° - Villamaría

Institución Educativa Partidas

La paz retoña donde una vez hubo guerra

En un lugar recóndito de Caldas, en una montaña fría, se mostraba una humilde finquita con olor a café donde se encontraban un abuelo y su nieto trabajando durante la helada mañana. Mientras laboraban *voleando* azadón, el niño sintió un golpe seco contra algo duro. Lo recogió con curiosidad, lo limpió con su camisa y vio que era un viejo casquillo de bala. Se lo mostró a su abuelo con cara de curiosidad y le preguntó qué era y qué hacía enterrado en ese lugar.

Su abuelo, con un nudo en la garganta, le contó que hace mucho tiempo había un grupo armado en esa región que los obligó a dejarlo todo, incluso sus cultivos y sus animales. El abuelo miró esa pequeña pieza de metal vieja y oxidada; antes de ponerse triste o enojado, decidió coger un poco de territa, ubicarla dentro del casquillo y ponerle una diminuta semilla de café, sembrándola suavemente.

Mirando a los ojos a su nieto, le dijo:

—La tierra no tiene la culpa de lo que hicieron aquellos hombres. Donde una vez hubo dolor, ¡vida nacerá!





El nieto descubrió que la paz no está en el pasado,
sino en el futuro que le esperaba.





Sara Sofía Carrión Suárez
9º - Salamina
Normal Superior María Escolástica

Cuando el silencio pesa

Mi papá siempre ha sido un hombre de muy pocas palabras, pero una noche, mientras la luz parpadeaba en la sala, sus ojos se convirtieron en una fuente de tristeza que yo no conocía. Me empezó a decir que, para él, la oscuridad no era para dormir, sino para esconderse.

Me contó que, cuando su pueblo se quedaba a oscuras, el sonido de los grillos era reemplazado por el silbido de las balas. En segundos, él, mi tía y mi abuela terminaban abrazados bajo la vieja cama donde dormían, respirando bajito para que el miedo no los delatara. En la escuela, el timbre no anunciaba el descanso, sino el estruendo de las metralletas que los obligaba a lanzarse al piso, buscando refugio entre las patas de las sillas de madera.

Lo más duro fue ver cómo sus ojos se humedecían al recordar el estadio, no para jugar fútbol, sino como un sitio lleno de horror donde muchos de sus amigos, con quienes de niño jugaba a las canicas, eran castigados con la muerte por culpas





inventadas, víctimas de una guerra que les exigía bandos que ellos no entendían.

La normalidad era un monstruo. Ya era habitual escuchar que habían quemado un bus o que un vecino se iba con las manos vacías. El monstruo tocó a mi abuela. Ese día, el destino les dio una tregua y pudieron huir solo con lo puesto.

Hoy entiendo que las cicatrices de mi papá no están en su piel, sino en sus silencios y en su alma. Por eso rechazo cada bala, cada grito. ¡Ningún niño debería aprender a orar bajo una cama y ver cómo su mundo se deshace entre el humo y el olvido!



Mención de honor





Samir Francisco Aguiar E.
Grado 5º - Manzanares
Institución Educativa Manzanares

El silencio de Zuri

Soy Zuri. Tengo 12 años y soy africana. Llevo alrededor de dos meses viajando en una embarcación junto con mi familia. Vamos en una bodega en compañía de personas que provienen de Angola y del Congo.

Con el paso de las horas me voy acostumbrando al movimiento ligero del barco. Llevan personas atadas de manos y al parecer también llevan algún tipo de mercancía. El cielo se oscurece, o bueno, eso es lo que imagino. Los días grises parecen nunca acabar. Llegamos a un muelle parecido a cualquier otro puerto colonial: barcos, mercancía, gritos de comerciantes. Hay algo en este puerto que no ves a primera vista: hay personas puestas en venta, no objetos, ¡personas!, ¡seres humanos!, con historia, con idioma propio, con memoria de un continente que queda al otro lado del océano.

Mientras desembarcamos, un extraño nos marca la piel como si fuéramos bestias. Junto a mi familia soy vendida a unos sujetos extraños. En el proceso de entrega y negociación aparecen unos hombres armados con fusiles y se llevan a mi hermano,



dicen que “para la causa”. En ese instante yo decido tirarme al mar. Los hombres toman sus armas. No salgo a la superficie y por suerte no me disparan. El que iba a ser mi amo rompe los contratos de propiedad y arroja a mi mamá al mar. Junto a ella espero a que toda esa pesadilla pase. Las cadenas se hunden en el fondo del océano y mi madre y yo logramos escapar enseñándole así a estos malvados que el rechazo más grande no es el que grita, sino el que se hunde hasta el pecho y dice: “conmigo no: ni esclavo, ni soldado, ¡solo humano!”.





Mariana Ramírez Torres

8° - Pácora

Institución Educativa La Milagrosa

Nos arrancaron la familia, no la memoria

Recuerdo aquel día en el que la realidad de la vida tocó a mi puerta sin fijarse en mi corta edad de catorce años. Era una tarde soleada y fresca. Estaba ayudando a mi mamá a recoger la leña para el fogón, cuando ellos llegaron y ensuciaron el piso. En ese momento no lo entendí. Mi mamá me dijo que me escondiera y que hiciera silencio. Le dije que no me dejara sola; me dio un beso en la frente y salió a enfrentarlos con cuchillo en mano.

Después de los gritos, escuché un solo disparo, luego silencio... al rato escuché que se acercaban... tenía demasiado miedo para moverme. Los señores me encontraron y lo siguiente que recuerdo fue que me arrastraron por el monte. Me llevaron a un lugar lleno de mujeres, algunas eran niñas de menos de diez años, otras ya eran mayores. A pesar de todo, yo solo pensaba en mi mamá y me preguntaba por qué mi papá no había vuelto temprano del cafetal.

Fueron días difíciles los que pasé en ese lugar, especialmente porque los hombres iban y se aprovechaban de nosotras, incluso de las más



pequeñas. Fue mi hermano quien me ayudó a salir de ese lugar, pero sigo sin verlo después de casi cincuenta y nueve años”.

—Abuela, ¿y cómo superó usted todo eso?

—No hija, yo aún no lo he superado. Yo extraño todos los días a mis papás y a mi hermano, porque me los quitaron, me los arrebataron, me quitaron toda mi vida. Después de tanto dolor, pasaron los años y conocí a su abuelo, pero eso ya es otra historia.

¡Que en la montaña de mi Colombia se cultive el futuro y no se siembren más balas!



Maria Camila Prado Ramírez
10º - Manizales
Instituto Universitario de Caldas



El secreto de los gigantes dormidos

Estos días en el páramo no han sido fáciles. A pesar de que mis hojas peludas me cubren del frío, este lugar ya no es como antes. Veo que las personas me observan mucho; creo que es por mi cuerpo deforme o, tal vez, por las basuras que tengo alrededor. Me siento más débil y los trabajadores de mi fábrica se están yendo sin parar. Espero seguir abasteciendo a los ríos con agua potable, pero necesito su ayuda: ¡Cuiden los ríos, cuídenme a mí! Solo así la contaminación no acabará con nosotros.

Sí, aparezco en la moneda de \$100 como si fuera un ídolo o alguien admirable, pero solo cumplo con mi labor. Me encanta hacerla para que disfruten del agua y para que nuestra fauna y flora tengan de qué beber y nutrirse. Espero que ya no me miren feo; solo quiero que valoren lo que hago y que limpien los ecosistemas tan hermosos que tenemos.

Este es un lugar emblemático y muy visitado de nuestra Manizales del alma, no solo por su naturaleza y biodiversidad que le sacan una sonrisa a cualquiera, sino porque al llegar aquí, la gente se da cuenta de que cada río, cada árbol, cada planta y



cada gota de agua tiene un valor incalculable. Ellos mantienen el equilibrio de estos paraísos naturales. Solo les pido eso, si no es mucho pedir. Así este lugar se sentirá mucho mejor y yo no seguiré cargando con este secreto muy dentro de mí.



Valeria Sofía Romero Álvarez
10° - Anserma
Institución Educativa Juan XXIII



Vestida de blanco para el adiós

Aquel día, hace nueve años, permanece en mi memoria como una sombra que nunca termina de alejarse. Yo estaba en cuarto grado, lista para una mañana normal de colegio, cuando un compañero, vecino de mi padre, me soltó la noticia que me arrancó el corazón:

—¡A José Luis lo mataron!

Corrí desesperada a buscar a mis hermanastros y al llegar a casa la imagen me partió en dos: mi papá, un hombre fuerte y lleno de esperanza, estaba sobre una camilla cubierto por bolsas que no podían tapar la injusticia.

Me arrodillé suplicando a Dios que fuera mentira, pero la realidad continuó en un funeral, donde vestí una bata blanca sintiéndome una princesa vestida para la muerte en lugar de para la vida.

Esa bata blanca debía ser para mis quince años. Ese era nuestro pacto silencioso, mi mayor ilusión: entrar al salón del brazo de mi padre, ver su mirada de orgullo y bailar juntos el vals que marcaba mi paso a ser mujer.



Pero hace un año, cuando cumplí mis quince, el salón se sintió inmenso y el aire pesado. Él no estuvo para arreglarme el vestido ni para darme el primer abrazo de la noche.

¡Me quitaron media vida!

¿Por qué personas sin piedad no pensaron en la familia que él amaba y en los hijos que él dejaría? Por eso cumplí mi sueño sola, cargando un dolor que no se explica, sonriendo para las fotos mientras mi corazón buscaba su rostro entre los invitados.

Hoy ya tengo dieciséis años.

Soy una mujer que ha aprendido a caminar con un vacío en el corazón.

Sigo llamándolo en mis silencios, tratando de asimilar que la crueldad de unos pocos me robó el momento que más esperé.



Finalistas





Thiago Herrera Orozco
Grado 3^o - Anserma
Inst. Educativa Gómez Fernández

La convivencia en la Dinoescuela

Había una vez una dinoprofe muy preocupada porque en su Dinoescuela las clases y el descanso se estaban volviendo un caos. A la Dinoescuela llegaban dinosaurios de todos lados: de los valles y de los alejados volcanes. Un día llegó un dinoestudiante muy afligido, pues su abuela dinosauria se había ido al *Valle de los Huesos* y él se sentía muy solo. Sus compañeros dinosaurios trataron de incluirlo, lo invitaban a jugar y a hacer las tareas, pero solo recibían rasguños, mordiscos y rugidos estridentes.

El dinoestudiante se disgustaba por todo. Nunca llevaba los útiles para trabajar en el dinosalón. No llevaba los roca Cuadernos, los rocalápices ni la rocaregla, y siempre buscaba que sus compañeros se los prestaran, pero como todo lo destruía, ya nadie quería prestarle nada.

La dinoprofe le hablaba y lo aconsejaba, pero el dinoestudiante nunca mejoraba. Por eso llamó a sus dinopapás: dos dinosaurios muy jóvenes. La mamá dinosauria trabajaba en un gran cultivo de trigo y debía cruzar ríos, valles y montañas para llegar a





tiempo a su trabajo; el papá dinosaurio trabajaba en la represa de agua del valle. Como no tenían tiempo para ir a la Dinoescuela, la dinoprofesora pidió ayuda al dinoorientador, quien junto al dinocomité de convivencia acordó que el dinoestudiante estaría tres rocahoras en la Dinoescuela y dos rocahoras trabajando con rocaguías en casa.

Un primo del dinoestudiante le contó que en su Dinoescuela había un dinoestudiante igual, pero que cambió al seguir las rocanormas. La dinoprofesora también habló con sus dinoestudiantes para que fueran más tolerantes. Cuando el dinoestudiante regresó, fue más amable, abrazó a su dinoprofe y prometió mejorar. Desde entonces, sus dinoamiguitos confiaron de nuevo en él y entendieron que necesitaba comprensión, paciencia, amor y compañía.





Alan Yoxtin Osorio Buitrago
Grado 5º - Victoria
Institución Educativa San Pablo

La paz empieza en mi casa

Mi nombre es Alan y tengo 9 años. Vivo en un barrio donde a veces las personas pelean por cosas muy pequeñas y otras veces por problemas grandes. Mi mamá dice que en nuestro país han existido conflictos que han hecho llorar a muchas familias porque algunas personas han tenido que dejar sus casas por culpa de la violencia. Yo no entiendo por qué alguien quiere hacer daño, si todos sentimos tristeza y miedo.

Un día mi tío encontró un perro dentro de un basurero. Estaba muy sucio, flaco y temblando de frío. Muchas personas vieron al animalito sin ayudarlo, pero mi tío decidió llevarlo a casa. Lo bañó, le dio comida y lo llamó Rocky. Desde entonces, Rocky se convirtió en parte de la familia y mueve siempre la cola cuando alguien llega triste.

Al verlo pensé que el mundo sería diferente si las personas cuidaran más a los animales y también a los demás seres humanos. En el colegio le conté eso a mi profesora y ella nos pidió hacer una actividad sobre la paz. Mis compañeros hablaron de no pelear, pero yo dije que la paz también era





alimentar a un animal abandonado, escuchar a quien está triste y respetar las diferencias.

Al final hicimos una campaña en el barrio para ayudar a los animales callejeros y para sembrar árboles. Muchas personas participaron y dejaron de discutir por un momento. Ese día entendí algo muy importante: la paz empieza con pequeñas acciones que nacen del corazón.

Cuando llegó la noche, miré a Rocky y pensé que los niños podemos cambiar cosas. No tenemos dinero, pero sí palabras amables y ganas de ayudar a construir un país donde no existan disparos, donde los animales no sufran y donde todas las personas puedan vivir unidas y felices.





Angela Julieth Rodríguez Quiceno

8^o - Samaná

Institución Educativa El Silencio

La senda de la abuela

Hoy visitaré a mi abuelita Jacinta. Cumple 80 años. Me contará historias muy bonitas, grandes consejos me dará. Ella vive en una vereda de Samaná (Caldas), donde algún día también viviré. Voy caminando con mi madre, porque mi papá falleció cuando yo era una bebé. Caminamos por hermosos senderos, los pajaritos no se asustan y cantan hermosas melodías. Mariposas de mil colores revolotean a nuestro alrededor, hasta algunas se paran sobre nuestras manos, parecen hadas de cuentos. Pasamos varias fuentes cristalinas en donde jugamos salpicándonos para refrescarnos; algunas familias nos saludan desde los campos que trabajan; me regalan naranjas, bananos, pitayas y agua para *bogar*.

Después de más de tres horas de camino llegamos a un hermoso paraje, un pequeño colegio donde los niños juegan con tranquilidad y alegría. Muy cerca hay una bella casa con *chambrana* desde donde nos saluda una hermosa abuelita. Llena de alegría y felicidad corre, me abraza y con lágrimas me dice:





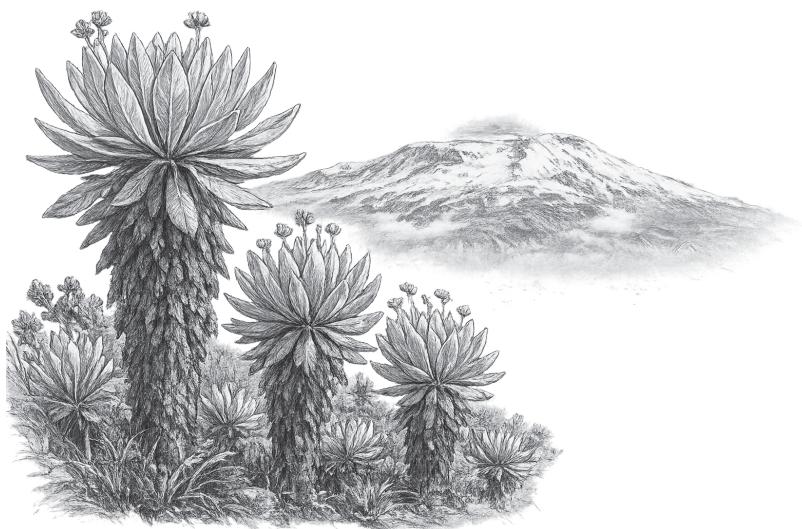
—Hasta que volviste, nietecita.

Mi madre entra. Saluda con reserva y con temor; prenden la leña, calientan tinto, mantecadas y se disponen a comadrear.

Me lleva a una habitación para desempacar y descansar. En el cuarto contiguo las escucho conversar. Paro oreja por una rendija... de papá las escucho hablar. Lloran juntas y prometen nunca volverse a separar, ni sus tierras dejar. Se percatan de mi presencia y con una amable seña mi abuelita me invita a acercarme y a su regazo voy a parar.

Pasa un carro que suena duro y mamá salta del susto. Mi abuela nos tranquiliza y nos dice:

—Mis amores. En nuestra comunidad ya vivimos en paz. No se preocupen que con los vecinos nos cuidamos. Juntos trabajamos y jugamos para que nunca nos volvamos a perder ni separar.





Daniela Buitrago Quiceno
10^o - Victoria
Institución Educativa Cañaveral

Surgir de La Italia

En mi vereda *La Italia*, el tiempo se detuvo cuando el miedo llegó vestido de camuflado. La época en la que los grupos armados se adueñaron de nuestra tierra fue como una noche sin estrellas; ellos, como sombras voraces, no distinguían entre la vida de un padre que trabajaba su finca y la inocencia de una niña que apenas empezaba a soñar. El poder fue su bandera: nos arrebataron la paz, nos quitaron el pan de la mesa y, lo más doloroso, perdimos seres queridos.

Durante mucho tiempo, vivir fue un ejercicio de invisibilidad. Niños y jóvenes crecimos aprendiendo a ser sombras, a escondernos tras los cafetales al menor ruido, convirtiendo el juego en silencio y la risa en un susurro prohibido. Pero la injusticia, aunque parezca eterna, no tiene raíces profundas en tierras de gente trabajadora. Poco a poco, el peso de su propia maldad y la resistencia silenciosa de nuestra gente hicieron que esas sombras comenzaran a desvanecerse, obligándolos a abandonar el territorio que nunca les perteneció.

Hoy, aunque nuestros recuerdos todavía cuentan la historia, hemos aprendido la lección más grande:





la violencia es una enfermedad que solo se cura con la memoria y la unión. La enseñanza que nos queda es que ninguna arma tiene más poder que la dignidad de un pueblo que se niega a olvidar. Aprendimos que nuestra verdadera riqueza no estaba en las fincas que nos quitaron, sino en la capacidad de volver a sembrar, de volver a abrazar y de protegernos entre nosotros, para que nunca más nadie tenga que esconderse. La paz no es solo un papel firmado; es la decisión diaria de ser libres, de cuidar la vida y de asegurar que, en *La Italia*, el único eco que se escuche sea el de la esperanza floreciendo nuevamente.





Luis Felipe Muñoz Arango
Grado 3º - Pensilvania
Institución Educativa Pensilvania

El fútbol, mi salvación

Desde pequeño había tenido problemas para manejar mis emociones. Cuando me daba tristeza no paraba de llorar. Si me daba rabia, no sabía cómo controlarme y le pegaba a todo lo que encontraba. Eso sí, nunca le hice daño a nadie.

Cuando tenía 7 años nos mudamos a una casa que quedaba cerca de una cancha y noté que iban unos niños a entrenar con un profesor. No me había gustado el fútbol hasta ese momento, pero me llamaron la atención los ejercicios que hacían, ya que eran muy divertidos. Así que le pregunté al entrenador si podía entrar. Él me aceptó. En mi casa les causó curiosidad que por mi propia voluntad había ingresado a entrenar fútbol.

Claro que en los entrenamientos en ocasiones tenía esas emociones que me costaba controlar, pero me pareció muy curioso que nunca reaccionaba de manera negativa. Simplemente me paraba, me limpiaba y seguía. A veces hasta risa me daba por caerme o equivocarme; si en un partido un compañero me empujaba, simplemente nos mirábamos, entendíamos que era parte del juego y





seguíamos o nos dábamos la mano... nos decíamos: “no pasa nada, todo bien”.

Hoy ya tengo 9 años y nunca más tuve una situación donde la tristeza o la rabia me hicieran reaccionar fuerte. Entendí que el deporte lo puede ayudar mucho a uno a calmarse y a pensar mejor. Cuando mis compañeros me preguntan cómo hice para mejorar, les cuento mi historia y les digo: “jueguen algo, practiquen algún deporte, gasten toda su energía que eso ayuda mucho”.

Yo no empecé a jugar al fútbol para eso, pero además de mejorar en el deporte, también me ayudó con mis emociones y nunca más he sentido lo mismo.



**La paz del mundo
no empieza en
un tratado de las
Naciones Unidas,
empieza hoy en
nuestro salón de
clases.**

Yeison Antonio Vargas Alcalde
Grado 4º - Riosucio
Institución Educativa La Iberia



La paz que nos une en La Tolda

En la comunidad de *La Tolda*, tiempo atrás, las cosas eran muy feas; nadie vivía en paz. Las personas siempre se gritaban y se trataban muy mal entre sí. Hasta los animales de las fincas eran bravos y aporreaban a las personas que pasaban por los caminos. Los perros ladraban con rabia y los burros tiraban patadas porque se sentían maltratados. Todo el territorio estaba triste porque nadie cuidaba la naturaleza, los ríos estaban siempre llenos de basura y el ambiente tenía malos olores.

Pero un día llegó alguien diferente a la comunidad, una persona a la cual le gustaba mucho la paz. Al principio, a los habitantes no les gustaba esta nueva persona porque no era grosera como ellos y no entendían por qué siempre estaba tan tranquila. La gente le decía cosas feas para ver si se ponía brava y peleaba, pero esa persona nunca respondió con groserías.

Poco a poco, con su ejemplo, las personas se dieron cuenta de que era mejor tratarse con cariño. Ahora todos hemos cambiado y somos una comunidad de paz, muy bonita y unida. Ya



no hay peleas en las casas ni en los caminos, hasta los animales se calmaron y ya no tratan mal a la gente que camina por ahí. Como ya no peleamos, ahora todos trabajamos juntos para cuidar nuestro territorio. Antes los ríos daban mucha tristeza de lo sucios que estaban, pero ahora esta comunidad es la más limpia de todas. Los ríos son muy cristalinos y el aire huele muy bien porque sembramos muchos árboles y flores. En *La Tolda* estamos muy felices porque aprendimos que la paz es lo más importante para vivir bien con los demás, con la naturaleza y con el planeta.



Keiner Santiago Ríos Cardona
11^º - Pensilvania
Institución Educativa Guacas



El cortometraje de la memoria

Ella observaba cómo su papá hablaba y gesticulaba, pero no alcanzaba a escuchar su voz. Sus ojos brillaban al recordar los viejos viajes a caballo, su pasatiempo favorito. En su memoria, la vida en la vereda por momentos era simple. El humo con perfume a leña anunciaba que el fogón cautivaba la cocina. Su mayor delito era robar tajadas fritas, y su gran desafío era corretear gallinas entre la hojarasca.

Un día el miedo aterrizó a la familia y vecinos. El sol alumbraba, pero ya no brillaba. Un sudor frío corrió por la piel de los habitantes cuando las guerrillas y los *paracos* impusieron sus sombras y crueles reglas donde antes reinaba la paz. Al transcurrir los días, la vida dejó de depender de sí misma; los amigos nunca regresaron y la sangre tiñó la región. Los gritos y el llanto se volvieron rutina, demostrando que la conciencia humana no comprende el valor de la vida.

De pronto, un sonido interrumpió el recuerdo. El monótono *tic-tac* de los aparatos de la clínica la trajo de vuelta a la realidad. Abrió los ojos en medio



de una respiración lenta y pesada. Comprendió que su enfermedad era más fuerte que cualquier guerra. Recordó la época en que la tierra era tan fértil que hasta las piedras daban frutos. Ahora, el veneno y los químicos matan silenciosamente al que siembra y al que consume. La Madre Tierra es tratada como una plaga, al igual que los ancianos que resistieron al conflicto y hoy mueren sin ser escuchados.

A pesar de tanto sufrimiento, el dolor le otorgó una última claridad. Lograron superar los diversos conflictos porque entendieron que no nacieron para destruir, sino para servir. Al final, no somos seres aislados; no somos uno, somos naturaleza.







Maria Fernanda Marín Cardona

Grado 9º - Salamina

Inst. Educativa La Presentación

El idioma de las luciérnagas

Cada noche, cuando el reloj marcaba las ocho, el pueblo de Salamina quedaba completamente a oscuras. No era por falta de electricidad, sino por miedo. Durante años, las familias dejaron de hablarse por una pelea que casi nadie recordaba con claridad. Las calles permanecían vacías y las puertas cerradas. El silencio se había convertido en costumbre.

Sin embargo, algo extraño ocurría en el bosque cercano: miles de luciérnagas aparecían formando caminos brillantes entre las casas, como si intentaran unir las. Los adultos lo ignoraban, pero Salvador, un niño de doce años, las observaba todas las noches desde su ventana.

Una madrugada decidió seguirlas. Caminó entre los destellos hasta llegar a la plaza central, donde descubrió algo inesperado: las luciérnagas se reunían en la vieja pila de agua. Salvador la limpió y el agua empezó a brotar con elegancia.

Las personas empezaron a salir de sus casas. Unos se miraban con desconfianza, otros con tristeza y otros con temor y desagrado. De repente,





las luciérnagas empezaron a formar palabras en el aire: “escúchense”, “discúlpense”, “hablen”. Nadie entendía cómo podía estar pasando aquello, pero todos guardaron silencio.

Una mujer se adelantó y pidió disculpas por una discusión ocurrida. Un anciano pidió disculpas por sus insultos y burlas, y los niños por sus rebeldías y ofensas. Las palabras temblaban, pero cada una de ellas apagaba algo oscuro que había en ellos.

Desde aquella noche, Salamina encendió sus luces y recuperó sus tradiciones. Aprendieron una cosa aún más importante: escuchar antes de juzgar y unir antes de dividir.





Celeste Usma Ramírez
7° - Villamaría
Institución Educativa Partidas

La memoria

Mi nombre es Mariana Agudelo. Vivía en Chinchiná sintiéndome invisible. En el colegio nadie me hablaba y en casa mis padres siempre estaban ocupados. Una tarde, mientras caminaba, encontré a una niña sucia y asustada que se aferró a mi uniforme. Antes de que yo pudiera ayudarla, un anciano la arrastró con violencia calle abajo. Esa noche soñé con ella. Al despertar, encontré un collar colgado en la puerta de mi casa. Dentro había un papel con una frase:

“No se muere lo que se va, se muere lo que se olvida”.

Desde entonces comencé a verla en distintos lugares. Investigué y descubrí algo imposible: la niña aparecía en un cartel de desaparecidos desde hacía siete años. También encontré la foto del anciano. Él también había desaparecido. Quise ignorarlo, pero no pude.

Con ayuda de mis compañeros y profesores reuní información sobre personas desaparecidas de nuestro municipio. Creamos una campaña en redes sociales, pegamos carteles y organizamos





una jornada de memoria en el parque principal. Poco a poco, más personas se unieron.

No resolvimos los casos, pero logramos algo importante: ¡sus nombres volvieron a ser pronunciados!

Meses después soñé nuevamente con la niña. Ya no parecía triste.

—Gracias por no olvidarnos —me dijo.

Detrás de ella estaban los demás niños y el anciano. Todos sonreían. Antes de desaparecer, él pronunció unas últimas palabras:

—Amar es recordar.

Al despertar comprendí el mensaje del collar. La paz también nace cuando una comunidad decide mantener viva la memoria de quienes alguna vez creyeron perdidos.





Salomé Cárdenas Echeverry
9º - Pácora
Inst. Educativa Marco Fidel Suárez

Justicia

—¿Cómo describiría a su hijo, señora Pérez?

—Inocente.

—¿Por qué piensa que su hijo era inocente?

—Porque apenas tenía 15 años.

—¿Él cometió un delito?

—¡No! ¡Era solo un muchacho! Sé que están confundidos y les contaré lo que pasa. Verán, estoy exigiendo justicia.

—¿Por qué?

—Porque los monstruos que envía el gobierno para *cuidarnos* se llevaron a mi único hijo, sin ninguna razón. Recuerdo perfectamente ese año viejo; esa tarde iríamos a la fiesta del barrio a recibir el año nuevo y yo le había comprado un traje negro con unos tenis blancos.

—¿Cómo me veo má? —me dijo.

—Hermoso. Pero cuidadito con los monstruos.

—Tranquila mami. Te amo —me dijo emocionado.

—Yo también te amo —respondí con una bendición.





Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo. Me quedé ahí, observando cómo corría con su pelota de fútbol... una sonrisa se posó en mis labios. Duró unos segundos, hasta que vi cómo su pelota rodaba por una pequeña colina rodeada de árboles y, de pronto, un grito llegó a mis oídos. Mi mundo se detuvo. Mi mente se quedó en blanco. La gente empezó a salir de sus casas y, con solo ver sus rostros supe qué pasó. Se llevaron a mi hijo, ¡esos monstruos me lo arrebataron! Una lágrima cayó sobre mi mejilla, luego otra, y luego sentí que mi alma se desprendía.

—¿Cómo cree que me voy a sentir después de que no tengo noticias de mi hijo? Necesito respuestas.

—Su nombre estaba en la lista.

—¡Solo jugaba, era un niño, exijo justicia! ¿Acaso ser un chico inocente es un delito?

—Yo...

—Su silencio me grita lo que hicieron con él. ¡Solo díganme dónde está para tener paz en mi alma de madre!





Estefany Serna Garzón
Grado 5º - La Merced
Institución Educativa Monseñor
Antonio José Giraldo Gómez

La guerrilla en el campo

Don Fernando era un señor de 45 años, dueño de una hacienda de café muy grande. Vivía con su esposa Ana y sus dos hijos: Juan y José. Cierta día, en la tarde, don Fernando descansaba en su mecedora, después de tanto trajinar. Su descanso fue interrumpido por los ladridos fuertes de sus perros. Sus hijos salieron de la habitación y doña Ana, que estaba en la cocina, también se asomó para mirar quién llegaba.

Los perros fueron callados brutalmente por unas personas fuertemente armadas que entraron a la casa sin pedir ningún permiso.

—Somos del ejército del pueblo —dijo uno de ellos—. Venimos a pedir su colaboración monetaria en pro de la recolección.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó con temor don Fernando.

—Son dos millones que nos tiene que dar cada tres meses —contestó el guerrillero.

Don Fernando pactó que para el fin de semana le daría el dinero cuando vendiera su café. Doña Ana,



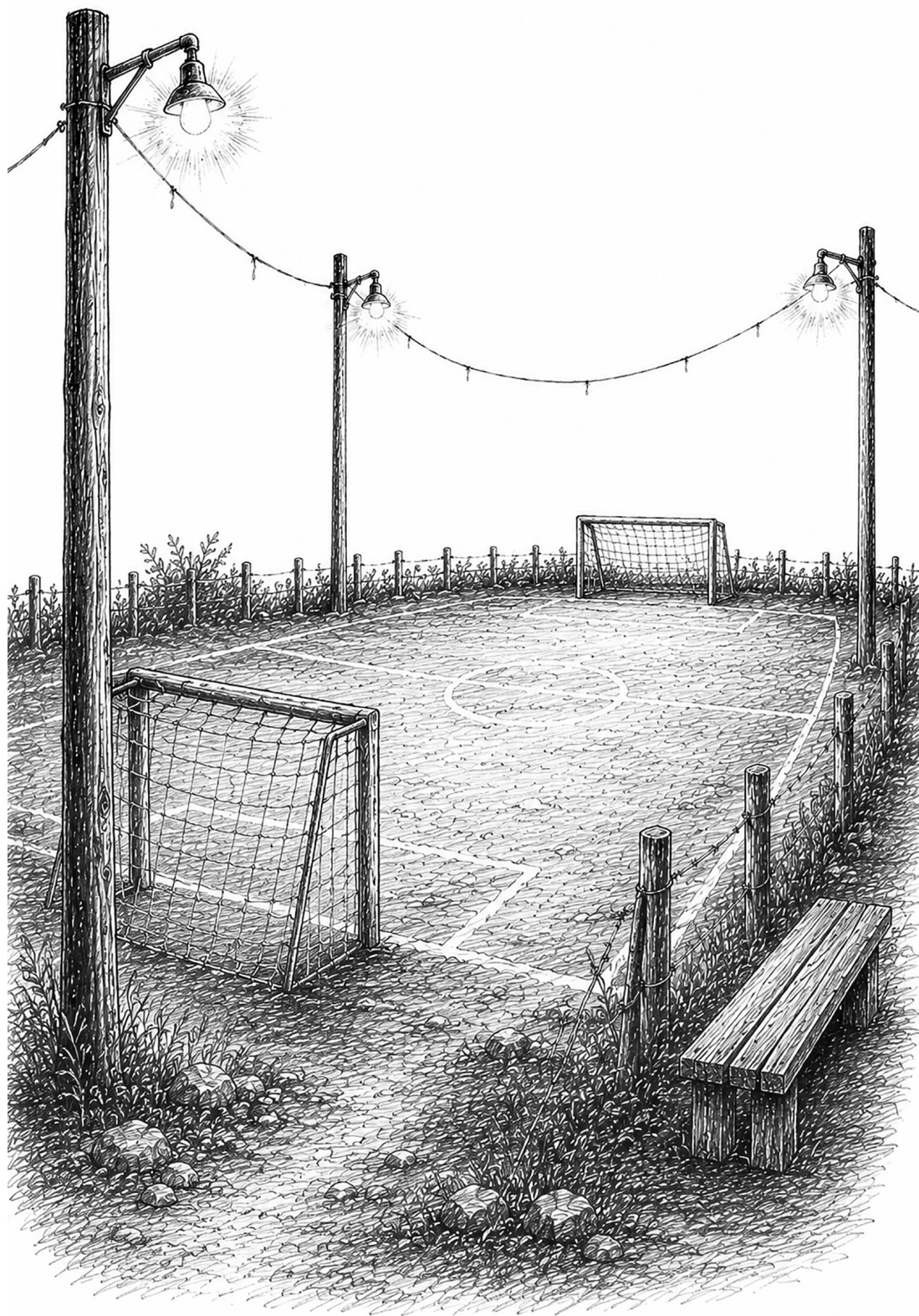


su esposo y sus dos hijos, trabajaban fuertemente con todas las labores de la finca. Pero después de ese día que llegó la guerrilla a su casa, empezaron a sentirse muy tristes de ver que el fruto de sus esfuerzos era para esos bandidos.

Muy resignados trabajaron así durante varios años, hasta que un día el presidente de este país empezó a hacer negociaciones de paz con las guerrillas. Doña Ana saltaba de alegría; sus hijos gritaban, cantaban de felicidad y Don Fernando lloraba de solo pensar que por fin acabaría esta tortura. Lloraba de alegría, porque regresaría la paz a su hogar y a todo el país. Imaginaba su hermosa finca como antes después de invertirle el mismo dinero que ella producía.

Y así ocurrió. Se firmó el tan anhelado acuerdo de paz.





Yenson Arley Aguirre Henao
7° - Villamaría
Institución Educativa Partidas



El último truco bajo la lluvia fría

En mi pueblo las esquinas ya no son seguras. Las lámparas titilan y se ven grafitis en las paredes. En las calles oscuras hay personas que se creen los dueños. Inventan fronteras invisibles y vigilan que cualquiera no pase de ahí. Yo tenía un parcero, más bien mi hermano de otra sangre, llamado Cristian. A él, como a mí, le encantaba el fútbol y los trucos bajo la lluvia fría; nos hicimos muy buenos amigos.

Un día fui a buscarlo a su casa. Estaba vacía, como si nadie hubiera vivido allí. Con un nudo en la garganta, me tocó devolverme. Tenía mil pensamientos sobre qué había pasado con mi amigo y recordaba que el día anterior estábamos bien y que ahora ya no quedaba rastro de él. En el camino vi a uno de esos pandilleros; con la voz temblorosa le pregunté por Cristian y, serio, me contó que no quiso entregar una mercancía de sustancias ilegales. Después fueron a buscarlo, pero ya se había ido como un fantasma, y me preguntó si sabía su paradero. Temblando de rabia y miedo, le dije que no sabía nada.

Seguí mi camino hacia mi casa pensando en lo que había pasado, en el miedo que él debió sentir



al correr con sus maletas para salvar su vida y sin saber a dónde ir. En ese momento vi la cancha donde jugamos muchas veces, llena de recuerdos. Continué mi recorrido preguntándome por qué existen estas pandillas y qué necesidad hay de amenazar a alguien por no entregar la mercancía. Entonces me di cuenta de que el siguiente podría ser yo, y que ya no podría salir a la calle sin temor. La paz no volverá hasta que las canchas y las calles sean espacios sanos, libres de sustancias y de violencia, y pertenezcan nuevamente a los jóvenes que solo quieren pasar el rato sin miedo.





Maria José Vivas García

11^º - Chinchiná

Institución Educativa El Naranjal

Un recuerdo

Subíamos y subíamos al jeep que nos iba a sacar de allí, lejos del conflicto, lejos de los disparos que ya se habían vuelto parte de las noches y lejos de la infancia que apenas empezaba. Yo tenía seis años y, aunque muchos recuerdos se borraron con el tiempo, ese viaje sigue intacto en mi cabeza, como una película que nunca deja de repetirse.

Iba sentada en las piernas de mi mamá, apretada entre maletas, cobijas y personas que apenas podían respirar. Cada vez que alguien llegaba pidiendo un espacio, todos hacían el esfuerzo de correrse un poquito más. Nadie quería dejar a nadie atrás.

El camino fue eterno. El silencio pesaba más que el calor. Nadie hablaba, pero todos pensábamos lo mismo: habíamos perdido el hogar. Yo miraba las montañas alejándose mientras sentía que también se alejaban mis juegos, mis amigos y la vida que conocía.

De repente, una mujer comenzó a llorar. Su llanto rompió el silencio y nos hizo doler aún más. Decía que no sabía para dónde ir, que había dejado su ranchito y sus animales. Lo que más le dolía era



su hijo. Un muchacho trabajador de quince años que desapareció después de irse a la capital con la promesa de un empleo. Como él, otros jóvenes del pueblo nunca volvieron.

Ninguno sabía cómo consolarla porque todos llevábamos la misma tristeza atravesada en el pecho. Hoy, siendo adulta, entiendo que esa herida sigue viva. No justifico lo que pasó, pero contar esta historia es mi forma de evitar que el miedo y el olvido ganen otra vez.



**En esta escuela
compartimos
el recreo, el
aprendizaje y
el sueño de un
mundo en calma.**



Juan José Samuel Flórez
8° - Marmato
Institución Educativa El Llano

Una paloma herida junto al río

En un pequeño pueblo llamado Marmato, las montañas guardaban el eco de antiguas peleas. Durante años, las familias dejaron de hablarse y los niños crecieron escuchando historias de miedo. Las noches eran silenciosas, como si el viento también tuviera temor.

Una mañana, Lucía, una niña de doce años, encontró una paloma herida junto al río. La llevó a la escuela y pidió ayuda. Allí estaba Tomás, hijo de una familia enemiga de la suya. Por un instante ambos dudaron. Después, sin decir nada, comenzaron a curar el ave...

La noticia se extendió rápido. Algunos adultos se molestaron al ver a los niños juntos. La maestra Carmen reunió al pueblo en la plaza. Con voz firme dijo:

—La guerra nos quitó demasiado, ¿también dejaremos que nos quite el futuro?

Nadie respondió. Entonces Lucía soltó la paloma ya recuperada. El ave alzó vuelo sobre las casas y cruzó el cielo gris. Los niños la siguieron con la mirada; los mayores bajaron la cabeza,





avergonzados.

Esa tarde ocurrió algo que parecía imposible. Don Ernesto llevó café a la casa de Julián, su antiguo rival. No hablaron mucho. Solo compartieron una mesa pequeña y el cansancio de tantos años de odio.

Desde aquel día, el pueblo cambió lentamente. Pintaron la escuela, sembraron árboles y organizaron fiestas donde todos bailaban juntos. Las heridas no desaparecieron de inmediato, pero dejaron de crecer.

Lucía comprendió entonces que la paz no era un acuerdo escrito en papel. Era una decisión diaria: escuchar, perdonar y volver a confiar. Y mientras la paloma seguía volando sobre las montañas, el pueblo aprendió que la verdadera fuerza no nace de las armas, sino de la unión de las personas.





Jeimi Alexandra Marín Márquez

9º - Chinchiná

Institución Educativa El Trébol

La libreta

El olor a sangre le resultaba insoportable. La calle estaba llena de humo y la culpa pesaba más que cualquier arma que hubiera usado antes. Todos murieron en el ataque, excepto él.

—¿Qué infancia merece ser arruinada por este conflicto? —se repetía mientras corría con el niño en brazos.

Le recordaba la infancia que le habían arrebatado al ser reclutado y, en su desesperación, juró no dejar de cuidarlo jamás. Con el paso del tiempo se volvieron inseparables. El niño se convirtió en la única esperanza que le quedaba. Siempre escribían juntos sobre un futuro mejor, uno sin armas.

El grupo empezó a notarlo.

—Mateo, estás más distraído que antes. Escribe después —le reclamaban habitualmente, sin comprender lo que había entre esas páginas, ni lo que significaban para él.

Pasaron varios años y muchas libretas fueron llenándose, aunque la última era la más especial, porque allí había promesas: salir de ahí, escapar





y alejarse de ese mundo que le había arruinado la vida; promesas que tal vez eran imposibles de cumplir.

Ya todo estaba preparado y partieron juntos. Durante días registraban su camino, lo que encontraban y lo que comían, aferrándose incluso a los detalles más simples, porque comprendían que eran lujos que no siempre podían tener.

Años después, un grupo de excursionistas que caminaba por la montaña encontró una libreta. En la última página decía lo siguiente:

“No fuiste real, pero la felicidad que me regalaste lo fue. Nunca tuve esposa, hijos o un hogar feliz, solo tuve órdenes y maltratos. En medio de ese vendaval perpetuo apareciste tú, desde entonces siempre pude recurrir a ti... Aquí en esta libreta está toda la vida y los sueños que me arrebataron, porque incluso en medio de la guerra todavía soñaba”.





Juan Felipe Toro Cardona

7° - Anserma

Instituto Técnico de
Capacitación en Sistemas



El profesor Eduardo: el último planeta perdido

Me llamo Francis, tengo 9 años. Mi familia me cuida mucho. Dicen que tengo autismo —me aprendí bien el nombre— aunque nunca he comprendido qué es. Ahora que lo pienso, quizá tenga algo que ver en cómo me tratan en el colegio.

No tengo muchos amigos. Los pocos que considero amigos solo vienen cuando algún profesor se los recuerda; los demás me ignoran y solo me hablan para hacerme sentir mal, porque me va bien en las clases. ¿Será que ser bueno trae problemas?

Me encanta el espacio y eso me ayuda a entender a mis compañeros. Veo a cada uno como un planeta. Trato de encontrar lo bueno en cada uno y al final concluyo lo mismo: no tienen vida, no tienen poder —así como no tiene poder lo que ellos dicen sobre mí—. Así los he perdonado a todos, aunque mi mamá también me ayuda. Ella dice que no soy el único en esta situación y que, a los distintos, nos tratan distinto.



En este punto solo me falta un planeta por perdonar: al profesor Eduardo, el de matemáticas. Siempre me pone malas notas, así todo lo haga bien. Mi mamá me dice que de seguro hay una explicación. Por eso decidí conocer ese planeta, ¿será que puedo perdonarlo?

Ayer, cuando le hablé de mala gana y le dije todo lo que sentía, él empezó a llorar. Yo estaba confundido, pero él me explicó que se sentía mal porque también tenía autismo. Dijo que vivió cosas como yo y que además siente que no es un buen profesor. Ayer perdoné al último planeta y entendí que es necesario conocer antes de juzgar, ayudar antes de hacer sentir mal y que seguramente esos planetas poco atractivos tienen grandes cosas que pueden sorprendernos y darnos grandes lecciones.





Emanuel David Ocampo Restrepo

10º - San Bartolomé - Pácora

Inst. Educativa Mariscal Robledo

Paz en los Andes

En un pequeño pueblo escondido entre las montañas de los Andes, vivía un joven llamado Héctor. Él tenía una particularidad: no coleccionaba monedas ni sellos, sino semillas. Pero no cualquier tipo de semillas: eran *semillas de silencio*.

Héctor decía que el mundo estaba demasiado ruidoso y que, cuando hay mucho ruido, la gente deja de escucharse a sí misma y, por lo tanto, deja de escuchar a los demás. Un día, una niña llamada Sofía, curiosa como ella sola, se acercó a su jardín.

—Héctor, ¿cómo se planta la paz? —preguntó ella mientras observaba cómo el hombre enterraba una pequeña semilla en una maceta de barro.

Héctor sonrió, se acomodó su sombrero y señaló el horizonte, donde el sol empezaba a teñir las nubes de naranja.

—La paz, mi pequeña, no es algo que se planta en la tierra, sino en las pausas —respondió con voz suave—. Cuando alguien te grita, en lugar de devolver el grito, haces una pausa. En este pequeño espacio de tiempo, entre lo que sientes y lo que



haces, ahí es donde vive la paz. Es como una flor que solo abre sus pétalos cuando dejamos de correr.

Sofía se quedó pensativa. Esa tarde, en el mercado, un vendedor se equivocó con su cambio e inició una discusión con su vecino. La gente alrededor se puso tensa, como si una tormenta fuera a estallar. Pero Sofía, recordando las palabras de Héctor, simplemente respiró profundo y, en lugar de unirse al alboroto, se acercó al vendedor y le dijo con calma:

—No pasa nada, todos podemos equivocarnos.

El hombre se detuvo en seco. La tensión en el aire se evaporó como la niebla al amanecer. El vendedor bajó la voz, el vecino sonrió y, de repente, el mercado volvió a ser un lugar amable.

Sofía entendió entonces que la paz no era un concepto gigante y lejano, sino una decisión que tomamos cada vez que elegimos la calma sobre el caos.



**Cambiar el
mundo no
requiere armas;
requiere lápices,
empatía y mentes
abiertas.**





David Restrepo Ríos

8º - La Merced

Institución Educativa Monseñor

Antonio José Giraldo Gómez

La palabra vale más que una bala

Esta es la historia de Elena, una profesora de una escuela rural de difícil acceso. Un día soleado, la profesora Elena estaba dando clases como cualquier otro día, pero este se volvió muy diferente. Se comenzaron a escuchar camiones cargados de uniformados dirigiéndose hacia la escuela. De pronto salió un grupo del camión diciendo que venían buscando colaboración de jóvenes para sus filas. Uno de ellos era un hombre a quien nombraban bajo el alias de *Coronel*, quien se acercó a la profe y le dijo que el país los necesitaba y que los niños estaban perdiendo el tiempo haciendo dibujitos.

Elena sintió un frío subirle por la espalda, pero no retrocedió. Caminó hacia los guerrilleros interponiéndose entre sus fusiles y sus alumnos. En su mano derecha tenía la tiza del tablero que ya había partido en pedazos por la presión.

—En este salón no hay bandidos —dijo con voz firme a pesar del temblor de sus manos—. Aquí solo hay niños aprendiendo a ser ciudadanos. El





país no necesita que carguen un arma; necesita que lean libros.

Coronel soltó una risa seca y dio un paso al frente invadiendo el espacio de la profesora. El olor a sudor y a pólvora invadió el aula.

—La guerra no espera a que aprendan a leer, doña, hágase a un lado.

Elena no se movió y miró directamente a los ojos de aquel hombre, buscando el rostro de aquel niño que alguna vez él también fue.

—Si se los lleva, les estará quitando la palabra para condenarlos al silencio de la tumba. También les estará arrebatando el futuro a estos niños y, con él, la posibilidad de construir un país mejor. Los estará dañando.

El reclutador, sintiéndose vencido por las palabras de una profesora, se fue con su grupo y se retiró del pueblo. La profesora siguió dando clase, pero todavía temblorosa por la situación que vivió con este grupo guerrillero.





Edwin Ríos Loaiza
10° - Anserma
Institución Educativa Juan XXIII

El sol torcido

Mi hermano no dejó carta. Eso es lo que más duele. La gente dice que siempre hay señales, pero yo revisé todo: su cuarto, su celular, hasta sus bolsillos. ¡Nada! Ni una palabra que explicara por qué decidió irse de este mundo.

En la casa el silencio se volvió otro habitante. Mi mamá habla menos. Mi papá mira la puerta como si en cualquier momento fuera a abrirse.

Yo me quedé con preguntas. En el colegio todos opinaban: ¿qué si estaba triste?, ¿qué si tenía problemas?, ¿qué si algo le pasó? Nadie sabía. Yo tampoco.

Un día encontré algo. No era una carta, era un dibujo viejo, arrugado entre sus cosas. Éramos nosotros dos, de niños, riéndonos bajo un sol torcido. Abajo, una letra pequeña decía:

“Todo pasa, menos lo que no se dice”.

Me quedé mirándolo mucho tiempo. Tal vez no fue una razón. Tal vez fueron muchas. Pequeñas, silenciosas, acumulándose sin que nadie las viera... y entendí que el silencio también pesa. Que hay





dolores que no hacen ruido, pero que ocupan todo el espacio.

Desde ese día intento decir más, preguntar más, escuchar de verdad, porque a veces, lo que no se dice... termina siendo lo único que queda. Desde entonces en la casa aprendimos a hablar un poco más. No siempre sale bien. A veces las palabras se traban o llegan tarde.

Pero lo intentamos. Hay días en que su ausencia pesa más y, aun así, lo nombramos en lo simple, en lo que pasó. Entonces entendimos algo:

“Callar nunca fue la respuesta”.

Y aunque duela, sigo buscando pequeñas formas de cuidar a los que están conmigo hoy. Decir gracias, pedir ayuda, quedarme un poco más cuando alguien necesita de verdad, aunque sea poco.



Las cuchas tienen razón



Jhoan Sebastian Parra Franco

*Esta es una historia de paz,
un canto de esperanza,
un lugar para hacer memoria.*





¡Ellas tenían razón!

Fueron más de dos décadas en que la verdad fue fugitiva. Con nostalgia habían dedicado sus mejores horas a observar el vuelo de blancas palomas que escurridizas le hacían trampa a la paz. Ahora era diferente y sus miradas prestaban atención a la montaña. Percibían el susurro misterioso proveniente del interior de aquel cerro macizo y abrigado por elementos útiles e inútiles que no habían podido sobrevivir al terrorífico avanzar del tiempo. Una gran corazonada les mostró un panorama donde sus muertos eran encontrados.

Años atrás llegó al barrio el himno matutino de la guerra para arrebatarse la vida de laboriosos e inocentes jóvenes cuyo único vicio era soñar con prósperos futuros. Ezequiel, que soñaba con ser mecánico, fue uno de ellos. Su madre, Eloísa, lo buscó incansablemente, enfrentando el miedo y la indiferencia. Muchas denunciaron aquellas atrocidades. A algunas las tildaron de tener alteraciones de la mente. Exponían sus relatos sobrenaturales sin ningún recelo y convencidas de que algún día escucharían sus clamores.

—Esa montaña habla de noche, se ilumina y se escuchan susurros —comenta una de las líderes—. Señor fiscal, preste atención: ¿piensa que no tenemos razón?

—El tiempo nos la dará, no insista más —persuadió una madre.

¡Y claro que tenían razón!

Desde lo más hondo de aquella montaña, sentíamos el eco de sus oraciones. Sus cantos y



plegarias nos alcanzaban como un murmullo persistente, y aunque intentábamos responder, sabíamos que nuestras voces jamás cruzarían la barrera del olvido. Algo más fuerte que la muerte nos mantenía unidos: el recuerdo, la esperanza y la certeza de que algún día nos encontrarían. Era un diálogo silencioso y simbólico alimentado por la memoria, porque donde hay memoria, hay verdad. Cuando ellas nos recordaban nosotros renacíamos desde las profundidades e intentábamos abrirnos camino hacia arriba, avanzando milimétricamente, motivados por el deseo de retornar paz y tranquilidad a nuestras familias.

Muchos años transcurrieron hasta que, finalmente, encontramos un propósito común. Nosotros, los que yacíamos en la escombrera, junto a nuestras madres y quienes nunca dejaron de buscarnos, comprendimos que nuestra verdadera misión no era solo hallar la verdad, sino también quebrar el ciclo de odio y resentimiento que por décadas había consumido a nuestra gente. Buscábamos aprender a perdonar. Al país le faltaba disposición para el perdón y la reconciliación. Queríamos despojarnos de rencor para observar hacia adelante, hacia un futuro pacífico que nos permitiera reflexionar sobre nuestro propio trasegar. Pretendíamos romper las cadenas que nos sujetaba a la violencia.

No fue fácil alcanzar un consenso. Al principio, la incertidumbre nos dividía: ¿era posible renunciar al dolor sin que pareciera olvido? ¿Cómo pedir justicia sin avivar el rencor? Los ocultos diferíamos. Algunos se empeñaban en el resentimiento, aferrándose a la memoria del daño sufrido. Otros, en cambio, entendimos que, para ser hallados, debíamos





dejar que el recuerdo se convirtiera en esperanza. Luchábamos por convencer a nuestros hermanos y hermanas de que no bastaba con ser encontrados; debíamos ser recordados como semillas de verdad, no como símbolos de odio. ¿Cuáles fueron los motivos para que fuéramos traídos a esta montaña artificial, a este edificio de escombros que ahora servía para ocultar la verdad? Basta con resumir las causas: un juego de guerra urbana y, en medio de los bandos, la población civil. Transformamos el *por qué* en el *para qué*.

Quizás nuestra historia —esta historia de paz— sirva para reflexionar sobre los conflictos sociales que presenciamos, sobre la forma en que hacemos política, sobre cómo llegamos a esbozar acuerdos y sobre cómo le demostramos al mundo que algún día seremos una generación de paz.

No solo tuvimos que alcanzar este consenso. Algunos de nosotros fuimos condenados al olvido, pues en el mundo de los vivos, madres, esposas, hijas o hermanas, agotadas por la lucha, dejaron de buscarnos. Esto era una terrible noticia para cada uno de nosotros, ya que existíamos gracias a que nos recordaban. Cuando nuestras familias y amigos se olvidaban de nosotros la fuerza de la gravedad nos conducía hacia una profundidad más dolorosa. Para evitar que los compañeros desaparecidos llegaran a tal estado, implorábamos que los vivos oraran también por los sepultados, almas errantes en el olvido.

Por fortuna eran más las personas que allí afuera se empeñaban, no solo en recordarnos, sino también en unir fuerzas para reclamar justicia.



—Hay certeza de que allí están. ¿Lo han anunciado ya? —preguntó Eloísa—. ¿Quién dio la orden?

—¡Ellas tenían razón!

Nos habían ocultado en el vientre de aquella escombrera y ahora nos acercábamos hacia la luz de la verdad. Durante años nos enfocamos en el perdón y no en el odio. Nuestros corazones habían dejado de latir, pero nuestras almas permanecieron unidas en un ejercicio de memoria y de resistencia ante los frenéticos efectos del tiempo. Recordar había sido el mayor acto de valentía, tanto en nosotros como en nuestras familias. Regresamos de la muerte gracias a la humildad y la reconciliación.

Aunque nuestros cuerpos nunca más estarán presentes, nuestras almas estarán eternamente agradecidas. Nuestros nombres volvieron a ser pronunciados, no como un lamento, sino como una corriente que arrastra el olvido. Desde la profundidad de la tierra emergimos, no para quedarnos, sino para seguir fluyendo en la historia, en la memoria, en la vida de quienes heredarán esta verdad. A la basura nos tiraron, pero de la basura renacimos. Se nos regaló una grieta en la oscuridad, y por ella escapamos como resplandor en la sombra, al encuentro con la luz.

¡Las cuchas tienen razón! Se les arrebató la esperanza, pero nunca más, ¡la verdad les pertenece!, ¡las cuchas tienen razón!



Epílogo

Al llegar a este punto, el libro termina, pero las historias apenas comienzan su verdadero viaje. Cada cuento que habita estas páginas nació de la mirada de un niño, una niña o un joven que decidió transformar sus recuerdos, sus preguntas, sus sueños y su esperanza en palabras. Algunas voces nos llevaron por caminos donde aún resuenan las heridas del conflicto; otras nos recordaron la belleza de nuestros paisajes, la fuerza de la solidaridad, el valor de la diversidad y la importancia de cuidar la vida en todas sus formas.

Quizá la mayor enseñanza de esta antología sea que la paz no pertenece únicamente a los libros de historia ni a los grandes acuerdos. La paz también se construye cuando escuchamos al otro, cuando protegemos la naturaleza, cuando rechazamos la violencia, cuando tendemos la mano y cuando nos atrevemos a imaginar un futuro distinto.

Esperamos que estas páginas no permanezcan cerradas en una biblioteca, sino que viajen de mano en mano, de escuela en escuela y de



familia en familia, sembrando conversaciones,
despertando preguntas y recordándonos que
toda transformación comienza con una palabra.

Porque mientras exista un niño dispuesto a
escribir un cuento sobre la paz, siempre habrá
una razón para creer que otro futuro es posible.

Jhoan Sebastian Parra Franco

Gestor Cultural





Los estudiantes del departamento de Caldas le escriben a la paz. Una voz colectiva que celebra la diversidad, fortalece los lazos que nos unen y proyecta horizontes de convivencia, reconciliación y esperanza.

Este libro es resultado del *Tercer Concurso Intercolegiado de Cuento: "Caldas: la paz que nos une"* liderado por la Fundación Cultural Cazarelatos de Manizales y apoyado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes desde el Programa Nacional de Concertación Cultural 2026.

ISBN: 978-628-96435-4-1

